

1. DESCRIBIR LA REALIDAD SOCIAL

Dejamos de estar en las gracias literarias de una descripción de bello estilo.

É. ZOLA,
Le Roman expérimental, 1880
[*La novela experimental*, 1976]

NATURALEZA DE LA DESCRIPCIÓN

Diversas son las realidades con posibilidades de ser objeto de descripciones. El acto descriptivo puede referirse tanto a objetos que se dejan ver inmediatamente como a hechos contruidos, organizados y formalizados por el propio investigador. En ese sentido, es tan posible describir la forma de representación gráfica de un fenómeno aprehendido a partir de datos cuantitativos (por ejemplo, hablando de la curva en "U" o en forma de campana), como evocar los rasgos característicos de un rostro, un objeto, un paisaje, una conducta o una secuencia de acciones (verbales y no verbales).

El sociólogo, al igual que el historiador o el etnólogo, puede elaborar conocimientos mediatos de la realidad,¹ es decir, puede construir objetos nunca observados, vistos o "vividos" como tales por nadie y que desde el punto de vista común carecen de toda visibilidad tales como, por ejemplo, índices de repitencia escolar (en determinada etapa del curso académico) por categoría socioprofesional, como también tasas de inflación registradas a lo largo de una década y movimientos lentos y pluriseculares de población, etc. Este conocimiento mediato —que permite ir más allá del horizonte limitado de todas las sociologías fenomenológicas que reducen el mundo social a lo que los hombres han sentido, pensado y dicho de éste— supone una disociación de la percepción y el conocimiento: es posible conocer el mundo fuera de la percepción directa e inmediata de éste a través de la reconstrucción de la realidad a partir de un conjunto de datos recolectados y luego formalizados.

1. K. Pomian, *L'Ordre du temps*, París, Gallimard, 1984 [trad. cast.: *El orden del tiempo*, Asturias, Júcar, 1990].

Así y todo, voy a privilegiar una definición más común, y tal vez más “literaria” (sin perjuicio de puntuar posteriormente los efectos negativos de esa pregnancia del modelo literario de descripción),² pero que se ha expandido ampliamente en las ciencias sociales: descripción verbal (oral o escrita) de lo que puede *observarse* directamente (personajes, objetos, decorados, paisajes, acciones o interacciones, maneras de decir y de hacer), es decir, armado con sus cinco sentidos y provisto de las únicas categorías (científicas, y forzosamente extracientíficas) incorporadas de percepción del mundo social.

Desde ese punto de vista, quien dice descripción dice observación previa, esto es, *observación directa de los comportamientos*.³ Y quien dice observación previa dice, la mayor parte de las veces, fase de memorización de una escena, de un personaje, de un objeto, de un lugar o de un gesto difícilmente descriptible en el momento mismo de la observación. Ahora bien, en ese proceso de observación-memorización-descripción, intervienen las competencias léxicas del observador. Sin categorías léxicas, el ojo del observador no puede encontrar los medios que le permitan fijarse con precisión en las realidades observadas y, por consiguiente, memorizarlas. Por eso, en parte, la calidad de una descripción depende de la riqueza léxica de aquel que observa, memoriza y describe. Imaginemos un sociólogo que estuviera sumergido en un universo marino pero no supiera distinguir entre borda, escotilla, popa, babor, estribor y nudos marinos de todo tipo y color. En un caso así, la descripción del universo será fatalmente pobre. Previamente, éste deberá, a través de un trabajo de observación y escucha profundo (y relativamente largo), aprender a nombrar las cosas, designar los gestos y discriminar las situaciones.⁴

Uno de los grandes objetivos de la sociología consiste en buscar, en las condiciones de existencia y de coexistencia de los hombres, aquellos elementos que permitan dar razón de conductas o de prácticas (aun aquellas que parezcan más “extrañas” y menos “racionales”). Una descripción fina de esas condiciones de existencia y coexistencia (tanto pasadas –pero que persisten en forma de instituciones objetivadas y disposiciones incorporadas– como presentes) permite dar *sociológicamente* razón de los

2. Véase también *infra*, capítulo 9: “Sociología y literatura”.

3. M. Maget, *Guide d'étude directe des comportements culturels*, Civilisations du Sud, SAEP, 1953. Nótese, sin embargo, que cuando el autor solicita la producción de relatos detallados de las prácticas, la entrevista permite también hacer descripciones de prácticas. Véase *infra*, capítulo 7: “Lógicas prácticas: el ‘hacer’ y el ‘decir sobre el hacer’”.

4. J. Bazin, “Questions de sens”, en *Enquête, anthropologie, histoire, sociologie*, N° 6, 1998, pág. 28.

comportamientos, sean éstos habituales o singulares. Hay una sola manera de entender la lógica de esas prácticas y esa forma es estudiarlas de la manera más fina, más específica y más sistemática posible.

Al darse por objeto de estudio contextos históricos relativamente singulares,⁵ la sociología encuentra o vuelve a encontrar las exigencias de una literatura naturalista inspirada a su vez en una concepción científica. De ahí que Zola haya escrito lo siguiente en un capítulo de su *Roman expérimental* consagrado a la descripción:

Estimamos que el hombre no puede ser separado de su medio, que es completado por su vestimenta, su casa, su ciudad, su provincia, y, a partir de ese momento, no notaremos un solo fenómeno de su cerebro o de su corazón, sin buscar las causas o el contragolpe en el medio. *De ahí que se apele a nuestras eternas descripciones [...]. El personaje ya no es ahí una abstracción psicológica*, y eso es algo que todo el mundo puede ver. El personaje se ha convertido en un producto del aire y del sol, como la planta; es la concepción científica. [...] estamos en el estudio exacto del medio, *en la comprobación de los estados del mundo externo que corresponden a los estados interiores de los personajes*.⁶

Más que interpretar en forma general, aproximativa y abstracta las conductas sociales, más que proyectar en la cabeza de los hombres móviles o psicologías sumarias, el uso de descripciones precisas y específicas de las conductas en contextos permite, finalmente, desplegar una verdadera interpretación sociológica empíricamente fundamentada.

EL LUGAR DE LA DESCRIPCIÓN EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Las diferentes ciencias sociales pueden ordenarse a partir de un eje que opone un polo que privilegia la descripción y la narración, a otro polo que preconiza la modelización.⁷ Del lado de la descripción-narración,

5. J.-C. Passeron, *Le Raisonnement sociologique, op. cit.*

6. É. Zola, *Le Roman expérimental* [1880], París, Garnier-Flammarion, 1971, pág. 232 [trad. cast.: “La novela experimental”, en *El naturalismo*, Barcelona, Península, 1976] (el subrayado me pertenece). Entre los novelistas franceses contemporáneos, Claude Simon ubicó la descripción en el centro de su proyecto literario. Véase C. Simon, *Discours de Stockholm*, París, Minuit, 1986. En 1997, el autor declaraba al diario *Le Monde* en su edición del 19 de septiembre: “La descripción. De objetos, de paisajes, de personajes o de acciones. Si no, es cualquier cosa”.

7. J.-C. Passeron, *Le Raisonnement sociologique, op. cit.*, y J.-Y. Grenier, C. Grignon, P.-M. Menger (comps.), *Le Modèle et le récit*, París, MSH, 2001.

vamos a encontrar mayormente la etnografía, la historiografía y el conjunto de los denominados *case studies*. Del lado de la modelización, van a estar la economía, la demografía y parte de la lingüística, es decir, buena parte de las ciencias sociales “particulares” que, por decisión teórica, autonomizan un subsistema de actividad social o una dimensión peculiar de las actividades sociales. Sobre tal eje, la sociología ocupa una posición intermedia. Si bien cada disciplina engendra trabajos que, en mayor o menor medida, cubren siempre la totalidad del abanico de posibles sobre el eje, cada una de ellas se caracteriza por una tendencia general claramente observable.⁸

A través de la comparación de dos obras, una perteneciente a un sociólogo⁹ y otra a un historiador,¹⁰ Jean-Michel Berthelot buscó ejemplificar la diferencia entre las tendencias más fuertes de estas dos disciplinas. La obra de historia se caracteriza por un “tejido de hechos singulares y comentarios teóricos”, en el cual lo esencial del texto no reside en el “encadenamiento de las proposiciones”. Por otra parte, en la obra de sociología analizada “ya no se trata de apuntalar rigurosamente cada propuesta por medio de un sustrato empírico, sino de insertarlas en un orden teórico en el que la coherencia demostrativa valga como prueba”.¹¹ Pero el ejemplo de obra sociológica tomado por el autor, que desgraciadamente es bastante representativo del estilo de escritura de muchos sociólogos, le da, a cualquier sociólogo dotado de espíritu de investigación, ganas de declararse historiador. En verdad, hay derecho a preguntarse si, al ser “más sensible al agenciamiento de razones y a teorizar el funcionamiento actual de las sociedades que a la puesta a prueba empírica”,¹² el sociólogo simplemente no se sale de su rol (revelándose así como hermeneuta salvaje o filósofo social) y si el historiador que “se autoriza en generalizaciones sólo bajo el control minucioso de una multiplicidad de hechos y referencias” no termina estando en mejor posición (y mejores disposiciones) para hacer la ciencia de los hechos sociales. Me parece que, sin perder por ello sus ambiciones teóricas, los

8. En etnología, por ejemplo, el consejo que Marcel Mauss le daba a uno de sus alumnos (Pierre Métais) revela el lugar central que ocupa la descripción en esa disciplina. “Nada de teoría. Observar y describir.” Citado por Marcel Fournier en “Si je devais réécrire la biographie de Marcel Mauss”, en *Revue européenne des sciences sociales*, tomo XXXIV, 1996, N° 105, pág. 36.

9. A. Ehrenberg, *Le Culte de la performance*, París, Calmann-Lévy, 1991.

10. A. Rauch, *Boxe, violence du XX^e. siècle*, París, Aubier, 1992.

11. J.-M. Berthelot, *Les Vertus de l'incertitude. Le Travail de l'analyse dans les sciences sociales*, París, PUF, 1996, pág. 134.

12. *Ibid.*, pág. 139.

sociólogos ganarían si le aplicaran a su trabajo mayores dosis de espíritu de historiador.

Un examen del lugar que ocupa la descripción en las diversas ciencias sociales, y sobre todo de la caracterización precisa de los contextos sociohistóricos estudiados, pone de manifiesto, por ejemplo, que el sociólogo se inclina mucho más fácilmente a teorizar sobre la base de un escaso volumen de material empírico (y en particular de descripciones pobres y de poca extensión), mientras que el historiador duda en abstraer. Este fenómeno se hace visible hasta en las mejores obras de sociología. Cuando, en 1970, Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron escriben *La Reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*,¹³ el libro podría haberse llamado “Étude sociologique des rapports socialement différenciés à l'université française dans les années 60”. Los títulos y subtítulos de las obras escritas por historiadores indican con mucha mayor frecuencia las coordenadas espaciotemporales del objeto estudiado.¹⁴

Una parte todavía muy grande de producciones sociológicas se caracteriza por esa estructuración racional de los hechos [...] *bajo restricciones débiles*.¹⁵ Y está claro que abordar el tema del lugar que la descripción ocupa en sociología necesariamente obliga a tomar partido, no por una teoría sociológica en particular, sino por una teoría del conocimiento sociológico (una teoría de lo que significa “probar” o “producir conocimiento en sociología”) y, por ende, a tomar distancia de las formas menos empíricas de interpretación sociológica, es decir, de las sobreinterpretaciones de toda índole.¹⁶ Para evitar toda forma de sobreinterpretación, siempre hay que prestarle particular atención a la materialidad de los objetos, de los gestos y de las situaciones. El imperativo de la descripción fina (grado de fineza que depende precisamente de lo que se está estudiando) de realidades por lo general simplemente evocadas o sobrevoladas por los trabajos en ciencias sociales, es un remedio poderoso contra toda inflación hermenéutica.

13. P. Bourdieu y J.-C. Passeron, *La Reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*, París, Minuit, 1970 [trad. cast.: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia, 1981].

14. Jean-Claude Passeron escribe que “para un mismo volumen de trabajo empírico”, la sociología “se apresura a hacer equivalentes la mayor cantidad de contextos posibles (o a olvidarlos)” y “marcha a grandes pasos por el camino de la generalidad comparativa” que su prima historiadora (*Le Raisonnement sociologique...*, *op. cit.*, pág. 71).

15. J.-M. Berthelot, *Les Vertus de l'incertitude*, *op. cit.*, pág. 140.

16. Véase *infra*, capítulo 2: “Arriesgar la interpretación”.

LA IMPOSIBLE EXHAUSTIVIDAD DESCRIPTIVA
Y LA ILUSIÓN REALISTA

→ Cuando pretende ser detallada hasta el puntillismo, la descripción puede incluso llevar hacia (o estar animada por) cierto *positivismo* capaz de darle al observador la ilusión de estar tocando con el dedo “lo real mismo”. Ahora bien, ninguna descripción es *exhaustiva* (y por lo tanto *definitiva*). El sociólogo sólo puede ser resueltamente weberiano cuando reafirma “la infinidad inagotable del mundo sensible” o la “diversidad infinita de lo real”.¹⁷ Ninguna situación, ningún objeto ni ninguna práctica se agotan por medio de un número finito de rasgos descriptivos: el uso de otros interrogantes, de otros intereses de conocimiento y de otros ángulos sociológicos, siempre hace posible las descripciones inéditas.

Socio-logía no es socio-grafía. El estudio sociológico supone implementar un *razonamiento comparativo* que saque a la luz todo lo *invariante* y *específico* que hay en las situaciones descritas en relación con una serie de otras situaciones. Y nunca hay descripción sociológica encerrada en su singularidad, sino descripciones hechas a partir de un *marco descriptivo*, que debe poder ser reutilizable, de un objeto descrito a otro. La descripción sociológica debe guiarse siempre por *esquemas interpretativos*, incluso por un *modelo teórico*. Y aun cuando no puedan sustituir las teorías, las mejores descripciones siempre están guiadas —de forma más o menos explícita— teóricamente. Sólo el punto de vista teórico (que, como lo recordaba Saussure, crea el objeto) permite decidir acerca de la pertinencia relativa de las dimensiones de lo social a describir. Y ese mismo punto de vista tiene el poder de “hacer hablar” los elementos de descripción.

→ La idea de descripción fotográfica —que en ciertas oportunidades es erróneamente presentada como una “descripción ideal” o “perfecta” plantea todavía mayores problemas en ciencias sociales en la medida en que las categorías del inventario y los rasgos pertinentes de la descripción no son explícitos. En el caso de la fotografía, el trabajo descriptivo-interpretativo queda en manos del lector-observador, que (mentalmente o en voz alta) traducirá a descripciones verbales los rasgos que crea poder desentrañar en la “descripción fotográfica”. La paradoja está en que, por un lado —dentro de los límites de un encuadre y un enfoque— las fotos parecen *mostrarnos* todo (es decir, no esconder nada), pero, por otro lado, tampoco nos *dicen nada*, *nunca nos dicen nada de sí mismas*. Es sabido cuán plurales pueden ser las recepciones de un mismo texto, pero

17. M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, París, Presses Pocket, Agora, 1992.

semánticamente el orden icónico demuestra ser mucho menos condicionante que el orden discursivo.

De igual modo, se debe señalar que en ciencias sociales la *descripción estética* no tiene lugar de ser. El riesgo en que hace incurrir la proximidad entre “descripción sociológica” y “descripción literaria” —riesgo mayor debido a que muchas de las prácticas de descripción literaria provienen de escritores realistas como Balzac, Flaubert, Zola o Proust, interesados en lograr una justa aprehensión del mundo social— es el encierro en la singularidad literaria de una escena productora de escasos efectos de conocimiento pero de muchos “efectos de real”,¹⁸ sobre todo en forma de detalles que provocan ilusiones realistas de tipo “fue así como pasó”, “claro que existió”.

Sólo tienen pertinencia sociológica aquellas descripciones basadas en un trabajo de *observación sistemática* de comportamientos cuyo *conjunto* de resultados se le ofrecen al lector; ésas que forman parte de un *corpus* teórico y metodológicamente construido. Ello supone que el investigador explicita la forma en que se efectuaron esas observaciones; en qué forma se seleccionaron las escenas observadas; a partir de qué construcción del objeto (desde qué punto de vista de conocimiento) lo fueron; qué lugar ocupan las escenas descritas en la necesaria dispersión-variación de las situaciones observadas. De no ser así, estaríamos frente a lo que podemos llamar *ejemplos fabricados a medida*, y que —como muchos textos literarios— producen efectos de real, conformándose con desempeñar el rol de ejemplificación-ilustración del esquema teórico del autor.

LAS MODALIDADES DE LAS PRÁCTICAS

En materia de comprensión del mundo social, la descripción fina de las prácticas es el único medio de acceder a las *maneras de hacer*, es decir, a las *modalidades de las prácticas*. Por ejemplo, pasar de una sociología del acceso desigual al libro a una sociología de las maneras de leer, o de una sociología de los *estados* de desigualdad escolar a una sociología de los *procesos* de desigualdad escolar en vías de realización, supone un acrecentamiento en la descripción de las prácticas.

Así, por largo tiempo, los historiadores del libro contabilizaron (sobre todo a partir de inventarios posteriores a los fallecimientos) la cantidad de libros en poder de los lectores y calcularon sobre esa base las cantidades promedio de libros leídos por cada gran categoría macrosocial de lectores. De ese modo, los estudiosos pudieron establecer la distribución por géne-

18. R. Barthes, “L’effet de réel”, en *Communications*, N° 11, 1968.

ro de libros poseídos según esas mismas categorías sociales fundadas muchas veces en criterios socioculturales o socioeconómicos. Ahora bien, la actitud implementada por una historia de la lectura renovada¹⁹ consiste en preguntarse “qué hacen” los lectores con los textos, basándose en la hipótesis de que éstos se distinguen tanto, y a veces más, por los modos en que se apropian de los textos, como por la cantidad y/o el género de libros que tienen. El historiador irá entonces en busca de los gestos del lector, de las huellas que deja en los propios textos impresos o en otras producciones escritas a propósito de sus lecturas (diarios íntimos, autobiografías y hasta archivos de procesos por brujería).²⁰ Ese mismo movimiento se observó en el pasaje de una sociología del consumo cultural (basada en el estudio de las desigualdades sociales en el acceso a la cultura y articulada a una teoría de la legitimidad cultural) a una sociología de la recepción (de los usos o de las apropiaciones) de las obras culturales.²¹

Por otra parte, la sociología de la educación y de la escuela registró similar desplazamiento de punto de vista desde principios de los años setenta hasta mediados de la década de 1990. Desplazamiento del interés en conocer análisis macrosociológicos estadísticamente fundamentados, que se esfuerzan por dar razón de las desigualdades escolares, hacia análisis que concentran más sus esfuerzos en la captura de las modalidades de socialización escolar (construcción escolar de conocimientos, características cognitivas de los saberes escolares, interacciones en el aula, evaluaciones y decisiones educativas, modalidades de los comportamientos escolares, etc.) y en los procesos de producción de desigualdades escolares, privilegiando los métodos de observación y tomando de la etología o de la psiquiatría el uso de videos para estudiar prácticas lingüísticas y gestuales en interacción.²² La descripción de situaciones sociales (interaccio-

19. R. Chartier, “Du livre au lire”, *Pratiques de la lecture*, Marsella, Éditions Rivages, 1985, págs. 62-88 y “Le monde comme représentation”, en *Annales ESC*, N° 6, noviembre-diciembre de 1989, págs. 1505-1520.

20. G. Ginzburg, *Le Fromage et les vers. L'univers d'un meunier du XVI^e siècle*, París, Flammarion, 1980 [trad. cast.: *El queso y los gusanos. El Cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, El Aleph, 1997].

21. B. Lahire, *L'Homme pluriel. Les ressorts de l'action*, París, Nathan, Essais & Recherches, 1998, págs. 107-118 [trad. cast.: *El hombre plural: los resortes de la acción*, Barcelona, Bellaterra, 2004].

22. Sobre interacciones en clase, véase A. V. Cicourel, “Some Basic Theoretical Issues in the Assessment of the Child's Performance in Testing and Classroom Settings”, en *Language Use and School Performance*, Nueva York, Academic Press Inc., 1974, págs. 300-365. Si bien las variaciones estadísticas concomitantes que pueden establecerse entre el medio social originario del niño y su situación escolar permiten fundar empíricamente una interpretación en términos de desigualdad

nes, escenas, microcontextos) perceptibles por un observador *in situ*, está ligada con esas transformaciones de la mirada sociológica.²³

NI POSITIVISMO NI DISOLUCIÓN DE LO REAL

La descripción es indisociable de una mirada teórica, interpretativa, que la guíe y por ende la vuelva “útil, pertinente”, pero en sí misma no es interpretación o explicación. Si bien, para contrarrestar tentaciones positivistas, conviene recordar que la descripción ya es construcción-selección, es preciso mantener la distinción operada entre descripción e interpretación (o teorización). Esta distinción es particularmente importante en una disciplina sociológica demasiado acostumbrada todavía a desniveles interpretativos apresurados o a formalizaciones-teorizaciones generalizadoras prematuras. Siempre es preferible describir (en sentido amplio) los hechos en que nos basamos a dar el (presunto) meollo conceptual sustantivado de lo real. Por ejemplo, en vez hablar de la violencia simbólica que ejerce el sistema escolar sin citar datos precisos (obligando así al lector a admitir ciegamente el nexo entre los hechos y su interpretación en términos de violencia simbólica), es mejor empezar por describir situaciones precisas y decir, por ejemplo, que “el maestro escribió ‘incapaz’ en el margen de un examen”, que “le puso un 0 a la tarea de un alumno y lo subrayó dos veces”, o que “sancionó de tal o cual manera a un alumno por portarse mal”, etcétera.

La desconfianza en el positivismo no debe llevar a menospreciar el orden de los hechos empíricamente observables y descriptibles, y a olvidar la importancia, para cualquier ciencia social empírica, de comenzar por producir informaciones confiables (verificables) sobre la realidad social del tipo: “X (y no Y) estaba tal día (y no tal otro) a tal hora (y no a tal otra) en tal lugar (y no en tal otro)”.²⁴ Si el ejemplo banal y abs-

social de acceso a la Escuela, éstas nada dicen en cuanto a la índole de los hechos tratados. En este punto, véase la posición tan justa y medida de Maurice Halbwachs según el análisis de Olivier Martin en “Raison statistique et raison sociologique chez Maurice Halbwachs”, en *Revue d'histoire des sciences humaines*, N° 1, 1999, PUS, págs. 69-101.

23. Véase B. Lahire, *Culture écrite et inégalités scolaires. Sociologie de l'“échec scolaire” à l'école primaire*, Lyon, PUL, 1993 y “La variation des contextes en sciences sociales...”, en *Annales, Histoire, sciences sociales*, op. cit.

24. Queda bien claro que el grado y tipo de precisión en el establecimiento de un hecho dependen de lo que el investigador quiera y pueda hacer en función de lo que podemos denominar una “problemática”. Por caso, el interés de conocer

tracto no hace aparecer de inmediato todo lo que entraña esa misma exigencia empírica, para tomar conciencia de eso basta con pensar en la importancia que tiene establecer que un individuo X perteneciente a tal confesión o etnia fue asesinado (asfixiado, fusilado, destrozado a machetazos, etc.) en tal época y lugar.

A veces, el ultrarrelativismo cree poder deducir del carácter construido de los "datos", los "hechos" y lo "real" científicamente aprehensible, una suerte de irrealidad de los hechos (del mundo social podría decirse todo y su contrario). Sin embargo, el carácter relativamente arbitrario de cualquier descripción no implica la inexistencia o el carácter amorfo de lo real descrito. Preferir una serie de rasgos de descripción en vez de otros es cosa de decisión y de construcción. Que para confeccionar otros cuadros posibles del mundo real se reemplace esa serie por otras, es algo absolutamente innegable. Pero las observaciones y descripciones realizadas a partir de esos rasgos llevan a conocer hechos que realmente existieron, y a aprehender acontecimientos que tuvieron lugar. Esos hechos ciertamente no constituyen todo lo real, pero ese real seleccionado y construido puede ser empíricamente observado, verificado, y aquella interpretación que dejara de lado esta fase de constitución sería de muy poco interés. Y entonces, sin el peso de hechos científicamente construidos, se diluiría perdiendo toda consistencia.

—como en este ejemplo— el día, la hora y el lugar de determinada acción, según los marcos interpretativos, puede ser fuerte o débil.

2. ARRIESGAR LA INTERPRETACIÓN

La libertad de opinión (de publicar) sólo puede tomarse sobre los hechos a expensas de los hechos, y, en consecuencia, la no demostración, la falsificación, omisión, disminución o exageración de los hechos —la confusión voluntaria de lo verdadero, de lo probable, etc.— SON la libertad de enunciar opiniones

PAUL VALÉRY,

Les principes d'anarchie pure et appliquée, 1984
[*Los principios de anarquía pura y aplicada, 1987*]

LOS DERECHOS Y DEBERES DEL INTÉRPRETE

Tanto en los coloquios a los que asistimos como al escuchar el discurso corriente de los investigadores en ciencias sociales, parecería que, en materia de interpretaciones, pasara lo mismo que con los gustos, es decir, que cada cual pudiera reivindicar el derecho a tener su propia interpretación del mundo social y que esa interpretación personal no pudiera discutirse. Y que aquel que pretendiera querer examinar el valor heurístico o la legitimidad empírica de una interpretación fuera un enemigo de la democracia interpretativa y de los derechos fundamentales del hombre de ciencia para proponer su propia interpretación. No obstante, cuando un estudioso apela al irreductible derecho a la diferencia interpretativa, entendido como un derecho despojado de deberes teóricos, metodológicos o empíricos, el término "interpretación" constituye una forma de evitar el enfrentamiento de objeciones y de ponerle un prematuro fin al debate científico, lo cual, en todo caso, es una manera de abrirle camino a todas las formas de indiferentismo científico.

Sin embargo, a la inversa del modelo igualitarista-democrático (de hecho demagógico), según el cual la interpretación es lo último que se pone en tela de juicio, cada especialista en ciencias sociales, al leer textos científicos (informes, investigaciones, tesis, artículos o libros), ha sentido que en el mercado real (y no idealizado o restringido al submercado de los productos "más puros") de la producción científica, existen interpretaciones plausibles, fuertes o convincentes, y otras que no lo son o que lo son menos.

Tal es la impresión que despierta en primer lugar la lectura de investigaciones realizadas por estudiantes aprendices de sociólogos, historiadores o antropólogos, y que ningún docente-investigador —por deber profesional— se priva de corregir. Los juicios (mayormente) severos que

aparecen al costado de los informes de investigación, insisten en señalar las imprudencias interpretativas o las interpretaciones fallidas, torpes, mal sostenidas, poco argumentadas o empíricamente mal fundadas. Entonces, siendo así, ¿por qué a aquellos que —en función de la lógica institucional de reclutamiento— pasaron del otro lado de la barrera no se los podría someter a ese tipo de críticas y correcciones? ¿Y por qué no podríamos aplicarles, y aplicarnos a nosotros mismos, los mismos juicios a que deben lógicamente someterse los aprendices para pagar su derecho de entrada al oficio? ¿Por qué deberíamos ser normativos con unos (los estudiantes) y relativistas con otros (nuestros pares)?

En vez de dejar correr el término “interpretación” hacia sus usos demagógicos, podemos tratar de enunciar aquello que define la interpretación sociológica (en el sentido amplio de la palabra que engloba al conjunto de las ciencias de los contextos sociales) y distinguirla del universo de la hermenéutica libre, es decir, de las interpretaciones salvajes, descontroladas, sin condicionamientos empíricos. Porque, en ciencias sociales, la investigación está puntuada por actos interpretativos (interpretación de indicios, de huellas, de operaciones de selección o codificación, de correlaciones estadísticas, de discursos o de gestos) y todos esos actos, si el trabajo está bien hecho, intervienen en cada momento de la investigación.

Las interpretaciones (en el sentido de “tesis”) presentadas en artículos o libros pueden considerarse científicamente completas 1) si se apoyan en materiales empíricos; 2) si dan cuenta, con la mayor precisión posible, de los *principios teóricos de selección* y de los *modos de producción de esos materiales*; 3) si se encuentran claramente designados los contextos espacio-temporalmente situados de la “medida” (de la observación), y 4) si se hallan explicitados los *modos de fabricación* de los resultados a partir de los materiales producidos (*modos de procesamiento* de los datos y, si fuera posible, elección del tipo de *escritura científica*).

El trabajo interpretativo no interviene después de la batalla empírica, sino antes, durante y después de la producción de los “datos” que justamente nunca son dados sino que están constituidos como tales por una serie de actos interpretativos. Y puede verse muy bien hasta qué punto la expresión “interpretación de lo real” se aleja del oficio real de investigador en ciencias sociales por el hecho de dar la impresión de que se trata de un “pensador” frente a lo “real”, de una suerte de intérprete final.

En ciencias sociales, la calidad del trabajo de investigación reside primero y ante todo en la fineza y justeza de los actos interpretativos implementados en cada tramo de la construcción de la investigación, en forma prospectiva, pero también retrospectiva. Cuando algunos actos se cometen “a ciegas”, las consecuencias que tendrán en el trabajo deben medirse de inmediato para así poder entender qué se hizo sin saberlo en el momento mismo en que se los realizó. El conocimiento sociológico se

engendra y avanza sólo a través de un incesante trabajo de anticipación de los actos de investigación venideros y de retorno reflexivo sobre los anteriores actos de investigación gracias a los logros progresivamente obtenidos a lo largo de la investigación. Los distintos momentos de la investigación nunca están entonces separados, como dejarían suponerlo los esquemas escolares hipotético-deductivos. De manera pragmática, podría decirse que todo está bien, en cualquier momento del trabajo, para así entender mejor lo que se hizo en cualquier otro momento.

En vez de polemizar eternamente sobre el valor de tal o cual concepto o paradigma, los investigadores en ciencias sociales saldrían mejor parados si revelaran y pusieran en debate sus propios actos investigativos —tanto concretos como interpretativos—, ya que suele ocurrir que, en los momentos más anodinos de la investigación, se planteen las tesis más fuertes aunque sin ser verdaderamente sostenidas. En esa perspectiva, se pasa del espacio pseudodemocrático de las interpretaciones salvajes, liberadas del peso de todo tipo de condicionamiento empírico de enunciación, al espacio de las interpretaciones empíricamente condicionadas y sociológicamente controladas por las anticipaciones y retornos reflexivos.

¿QUÉ ES UNA SOBREINTERPRETACIÓN?

Es posible distinguir entre las interpretaciones según su grado de solidez o de fuerza desde el punto de vista del despliegue del razonamiento sociológico en los distintos momentos de la investigación, y desde el punto de vista del volumen y de la extensión del material interpretado (siempre es posible “sostener una tesis” fundamentada en una sola entrevista, pero si el investigador desarrolla una red articulada y coherente basada en cuestionarios, entrevistas, observación y análisis documental, su tesis tendrá mayor fuerza probatoria). También es cierto que hay interpretaciones menos pertinentes, menos adecuadas que otras, como puede verse en los informes de investigación de los aprendices, pero que se leen también en textos escritos por profesionales. Una parte específica de las interpretaciones débiles, imprudentes o inadecuadas está constituida por lo que podríamos llamar sobreinterpretaciones.

Ahora bien, ¿qué es una sobreinterpretación? ¿Acaso, en algún sentido, toda interpretación no es una sobreinterpretación? Sería factible pensarlo, dado que los investigadores en ciencias sociales —incluidos los más “comprensivos”¹ de ellos— ponen generalmente más sentido en las accio-

1. Los que intentan restituirles el universo y la lógica propios a los sujetos investigados.

nes de los sujetos investigados que el que ponen estos últimos cuando actúan u ocasionalmente comentan su propio accionar. Pero la sobreinterpretación no puede definirse como un excedente de sentido con relación a las significaciones que dan los sujetos investigados a propósito de lo que hacen, creen, sienten o perciben, porque, de ser así, sería grande el riesgo de tener que rechazar como malas interpretaciones, por razones de sobreinterpretación, cualquier interpretación que no les agrade a ellos. Y si científicamente tuvieran derecho a rechazar algunas, debería dárseles un rol explícito en la convalidación de las tesis científicas.²

Es frecuente que, al leer informes de investigación referidos a la vida y actividades que desarrollan, los sujetos investigados consideren que esas interpretaciones no corresponden a lo que ellos viven, y que deforman la realidad tal como ellos la conocen y la perciben. Esos mismos sujetos investigados pueden a su vez estimar que los investigadores exageran determinados rasgos o comportamientos y hasta determinadas dimensiones de la actividad social que les parecen secundarias o anexas. Para peor, la experiencia enseña que, puestos ante la transcripción más lisa y llana de su discurso oral, no lo reconocen como suyo (de ahí, entre otras cosas, los consabidos “yo no dije eso”, “yo no hablo así”). Y si bien tales reacciones de los sujetos investigados ante los productos de la investigación no deben dejar insensible al investigador (que debería poder entenderlas, al interior mismo de su modelo de inteligibilidad, como indicadores de determinadas características del análisis que hizo, llegando incluso en ese caso a enriquecerlo), tampoco es cuestión de dejarlos *in fine* encargados de decidir –incluso parcialmente– entre interpretaciones “buenas y malas”, “justas” y “falsas”.³

En definitiva, cuando el sociólogo hace bien su trabajo, la significa-

2. Eso es lo que hace François Dubet en su obra *Sociologie de l'expérience* (París, Seuil, La couleur des idées, 1994). Según el autor, los sociólogos deben someter sus “interpretaciones sociológicas” a los grupos de actores con quienes trabajan en el marco de una intervención sociológica. Luego, los actores “son invitados a interpretar, a su turno, los análisis de los sociólogos, a reaccionar frente a ellos” (pág. 244). En ese marco de validación de las interpretaciones sociológicas, el investigador puede considerar “falso” (pág. 246) su análisis si éste fue rechazado por “no verosímil a ojos de quienes (están) mejor armados para discutirlo” (pág. 246). François Dubet insiste en el doble destino de la argumentación sociológica: “La comunidad científica, con sus criterios propios, y los actores, que dominan otros datos” (pág. 249). En “el espacio de argumentaciones recíprocas” entre sociólogo y actores, “el sociólogo puede hallar material para construir sus razonamientos y sus hipótesis; y también puede fundamentar ciertas formas de validación” (pág. 252).

3. Si se decidiera sobre la calidad o la pertinencia de la interpretación en fun-

ción de los acontecimientos, las prácticas o las representaciones que propone, es siempre un *plus*, un *agregado* respecto de lo que se dice o se interpreta comúnmente en el mundo social. Por eso, interpretar es siempre sobreinterpretar respecto de las interpretaciones (prácticas o reflexivas) habituales: decidir hilar la metáfora lo más lejos posible,⁴ privilegiar una dimensión de las realidades sociales o una escala particular de observación, implica volver ajeno a nuestros ojos, y a ojos de los sujetos investigados un mundo habitual a veces tan obvio que realmente ya no lo vemos.

Pero no es de esa sobreinterpretación desde el punto de vista de los sujetos investigados, que cubre el conjunto del campo de la interpretación en ciencias sociales, sobre la que evidentemente quiero hablar. Por eso, en homenaje a la claridad, distinguiré tres tipos de sobreinterpretaciones: las debidas a rupturas interpretativas con respecto a las situaciones interpretadas (tipo 1); las provocadas por el desfase no objetivado, no controlado y no corregido entre la situación del investigador ante los materiales estudiados y la situación de los sujetos investigados (tipo 2); las engendradas por la profusión de ejemplos (demasiado) “perfectos”, que se contraponen con los ejemplos y contraejemplos habitualmente producidos por toda investigación empírica (tipo 3).

LAS DESCONEXIONES INTERPRETATIVAS

Asistimos a tal tipo de sobreinterpretaciones (tipo 1) cuando los “datos”, los materiales que le sirven de apoyo al autor, son insuficientes para sostener las tesis que éste propone. De ahí la impresión de estar ante una desconexión de la interpretación con respecto a las situaciones interpretadas. Y es frecuente que esa suerte de excrecencia interpretativa nos lleve a considerar que el autor “se excede” y se aleja demasiado del material que posee.

Cualquier docente encontraría múltiples ejemplos de versiones desmañadas de ese tipo de sobreinterpretación, que muestran la dificultad en manejar los comentarios teóricos en relación con los materiales, mediciones e índices sobre los que se basan. En efecto, esa forma de desconexión interpretativa respecto de los datos es muy frecuente en investigadores aprendices que, a veces sin llegar a controlarlo (u ocultarlo), hacen interpretaciones demasiado fuertes para el tipo o volumen de informa-

ción del punto de vista de los sujetos investigados, pocos trabajos de sociología del arte resistirían la crítica de los artistas o de los críticos de arte.

4. Véase *infra*, capítulo 3: “Sociología y analogía”.